

casos y de sus grandes propósitos continuamente renovados.

Presencí muy de cerca su lid reñida contra la apatía, la indiferencia y, lo que es peor, la censura de quienes querían encontrar la perfección absoluta en una obra intentada por primera vez en México y que debía crear, como cimiento de su constante evolución, recursos del todo desconocidos para ella misma. Fui testigo, sí, de esa lid reñida, y ahora me complazco vivamente en ver al recién nacido, pletórico de vida y aumentando cada día la esfera de su acción, sin engreirse con los triunfos conquistados, sediento siempre de progreso y pródigo en derrochar (que derrochado ha) recursos, con tal de agrupar en su torno verdaderos artistas y costosos elementos.

El editor de *El Mundo* une la audacia á la perseverancia. Esperamos que estos dos factores conduzcan á ese periódico á la meta que se ha fijado.

Naturalmente las publicaciones exclusivamente literarias están en proporción directa del movimiento del mismo género en el país. Poco vigoroso es éste y escasean aquellas, y las que existen llevan una vida lánguida y se extinguen, al fin, por consunción.

La principal publicación consagrada á las bellas letras, que tenemos en el país, es, sin duda, la *Revista Azul*, fundada ha poco más de un año por uno de nuestros más delicados y elegantes escritores, y órgano genuino de la bohemia literaria de México.

A pesar de su juventud, la mencionada publicación no medra como debiera, y entiendo que no es por cierto la halagüeña perspectiva de un buen resultado pecuniario lo que estimula á su actual director á sostenerla. Un sentimiento más noble lo obliga á perseverar en la ingrata tarea. La *Revista* ayuda á perpetuar un nombre y un recuerdo bien amados: el recuerdo y el nombre del *Duque Job*, á los cuales rinde el culto de una fraternidad sincera D. Carlos Díaz Dufío, tan ventajosamente conocido en el campo de las letras y del periodismo militante.

Distínguese la simpática publicación por un eclecticismo laudable, merced al cual sus lectores hallan siempre en ella selectas pequeñeces de los mejores escritores modernos. Pero esto que caracteriza y avalora á la *Revista*, es, así mismo, aunque parezca paradoja, el principal factor de su falta de medro. Su director lo sabe mejor que yo.

En Mérida ve la luz el semanario ilustrado *Mérida Festivo* que, según entiendo, sustituyó á *Pimienta y Mostaza* y en el que colaboran las plumas mejor cortadas de la Península, donde las hay por cierto, y en regular número. Ignoro las condiciones de prosperidad en que se halle la mencionada publicación; mas parece que vive con cierta holgura, merced á la cultura que distingue á los habitantes de la hermosa Capital yucateca.

En Querétaro se publica *La Pluma*, en Chihuahua una *Revista*, en Veracruz *Blanco y Rojo*, en Oaxaca *El Album* y en Mazatlán el número dominical del *Correo de la Tarde*, al frente del cual hállase un poeta tan inspirado cuanto modesto, Esteban Flores, quien ha sabido seleccionar entre la multitud de oropeles con que nos obsequian las publicaciones americanas, lo verdaderamente bueno y bello.

Todas estas publicaciones, ó van anexas á un diario y participan, por lo mismo, de las condiciones de vitalidad de éste, ó bien, se sostienen merced á penosos esfuerzos de sus directores, que repugnan ver extinto el fuego del culto al ideal.

Las publicaciones científicas tienen una vida más precaria aún; y frecuentemente hay que repartirlas gratis; dígalo si no el doctor Díaz de León, de Aguascalientes, que tan valioso contingente ha prestado á las ciencias en el país y que obsequia su instructiva y hermosa publicación, *La Enseñanza*, á sus amigos, ejerciendo así un apostolado digno de loores, pero como todos los apostolados, improductivo, prácticamente hablando, que es como ahora blasonamos todos de hablar.

Desconsolador es lo que vengo anotando, pero exacto. Refugiémonos en la esperanza de mejor futuro, la esperanza de todos los desesperados.

Héme en un Luxemburgo ideal: el Luxemburgo de mis recuerdos; de mis recuerdos ¡ay! que son, casi todos, epitafios cariñosos que elogian á mis hermanos muertos.

Aquí y allí, como en los afligranados sepulcros de la edad media, abrigados por los dombos altísimos, maravillas del arte gótico, véanse románticas estatuas yacentes, con las manos empalmadas sobre el pecho, en actitud de oración; otras de rodillas, con los ojos sin luz, fijos en el vacío, como si expectasen la redención. No turba su plegaria eterna la mundanal barbulla; allí están perennemente silenciosos, en aquel rincón no profanado de mi memoria, que es el *Rincón de mis poetas*, menos suntuoso, sí, que el de la Abadía de Westminster, pero menos frío también: Manuel Gutiérrez Nájera, Joaquín García Icazabaleta, José Martí, Julián del Casal..... grandes espíritus, bien sabéis cuanto perfume hay en mi recuerdo.....

Removeré los columbarios; coronaré mi frente con hojas de álamo, renovarán mis ojos el ardiente contenido de las lacrimatorias, encenderé de nuevo las piras y entraré al panteón de mis memoranzas, donde hay tantas coronas de *inmortales* y tantos ramos de «no-me-olvides.»

Recuerdo que escribí cuando llegó á mi oído la noticia de la muerte de Gutiérrez Nájera, lo siguiente:

«Se nos fué.....!»

«No pudo detener á aquella alma noble y generosa, la luciente red de cariños que pugnaba por afirmarla en la tierra: ni las manos enclavijadas de la madre que se elevaban al cielo como bandera de dolor, ni las lágrimas candentes de la esposa que caían silenciosas sobre el rostro del bien amado, ni las miradas límpidas de los niños, llenas de azoramiento ante el para ellos incomprensible fantasma de la muerte, que decían con su lenguaje de inocencia infinita: «Papá, no te vayas, tenemos miedo!.....»

«Miedo, sí, miedo á la vida que se ensaña con la orfandad; miedo al destino que unge las cabezas desvalidas con el óleo del infortunio.

«No pudieron detenerle ni la amistad, ni la admiración.....»

«Se nos fué.....!»

Tal escribía y lo reproduzco ahora que muchos días han batido sus alas sobre esa tumba.

Gutiérrez Nájera ha dejado huella; su estela es perceptible aún: fosforece en el mar del pasado y fosforecerá mucho tiempo, lo espero así.

Confieso que temí por esa gloria. En este país, donde no se lee, no podía ampararla sino la devoción de unos cuantos; temí que aquellas lágrimas vertidas en el panteón, ante el ataúd, no fructificasen más fortuna y me equivoqué.

Pasada la explosión de dolor, sobrevive la memoria y se vigoriza.